

## RICARDO JAIMES FREYRE

(1870-1933)

**A**CABA de morir en un rincón de América, uno de los poetas más caracterizados del movimiento modernista, Ricardo Jaimes Freyre. Su nombre, llevado en alas de la gloria, junto al de Darío, tuvo siempre algo de misterioso y lejano, una rara mezcla de altanería y de humildad. Mientras que la vida de Jaimes Freyre era para nosotros un misterio abundaban los datos acerca de Darío, Lugones, Nervo, Chocano, Herrera y Reisig. Nunca, hasta hoy, pudimos saber el año de nacimiento del poeta de *Castalia bárbara*, y aunque le suponíamos boliviano, desconocíamos las causas que le hicieron salir de su país para ir a enterrarse por tantos años en Tucumán. Su silencio absoluto contrastaba con la fiebre de renombre de otros poetas de su escuela, Darío, Chocano, Blanco Fombona; sin la violencia vital de Díaz Mirón, tenía el gran respeto del mexicano por la dignidad austera del artista, la concepción mística del genio creador. Enemigo de toda exhibición y propaganda, vivió su existencia noblemente y murió, antes de cumplir los setenta años, con la serenidad del hombre que ha cumplido su misión con honradez y eficacia.

A fines del siglo pasado, fundó en colaboración con Darío y Lugones, *La Revista de América*, en Buenos Aires, órgano del movimiento modernista en Argentina. Al exquisito temperamento de Rubén y al admirable genio asimilador de Lugones oponía Jaimes Freyre su clara percepción de los problemas estéticos, su actitud teorizante y definidora. Corta fué la vida de *La Revista*, pero quedaron allí saludables doctrinas literarias y tres grandes nombres eternamente fijos en la historia literaria de América. Alejado de Buenos Aires, pasa largos años en Tucumán, donde llega a ser Presidente del Departamento de Educación, co-fundador de la Universidad, profesor del Colegio, historiador de la provincia, editor de una revista literaria y mantenedor de juegos florales. Su energía silenciosa y constante logró dar gran impulso a la vida intelectual de la ciudad, pues, como los maestros de antaño, enseñaba dentro y fuera de la cátedra. Juan Terán nos habla del poeta en esos días:

«Traía también de su herencia peruana el gusto por la conversación, por el salón, la sociedad de damas, por los gestos cortesianos, por las maneras de señorío. Bastaba ver su silueta

aristocrática y enjuta y su porte grave, su ademán gentil y altivo de hidalgo, cruzando en las tardes las calles solitarias o la Plaza de Tucumán. Era un cuadro a lo Velázquez éste en cuyo primer plano estaba al caballero, de traje negro, de tez moruna, sombrero de una ala alzada, en segundo plano el verde profundo de los naranjos, burilados como el caballero, por la luz deslumbrante de la lenta tarde tropical. Como el espectador del cuadro escuchaba también las campanas de las iglesias vecinas que entremezclaban los toques melancólicos del angelus, podía emocionarse ante esta estampa viva del siglo XVI de Castilla o del Perú.»

Después vuelve a su patria y es Canciller de Bolivia en 1923; Ministro en Washington y en Río de Janeiro, parlamentario y persona de gran influencia en los círculos educacionales de su país. Desempeñó tan altos puestos en forma digna y eficaz, aunque a veces su orgullo de artista ponía a duras pruebas las rigideces del ceremonial diplomático. Fernando Díez de Medina, nos da una clara descripción de Jaimes Freyre:

«Mediana la estatura. Erguido el torso varonil. Alta la frente, señorial el porte. De rasgos firmes y duro el rostro; apretada la piel; cruzados de vivacidad y altaneros los ojos. Decorando la imponentia del rostro, el escorzo atrevido de los mostachos mosqueteriles. Y luego el clásico chambergo alado voluntariosamente curvado sobre la rebelde y crinada melena. Solemne el gesto, la voz sonora y grave, fluían las palabras con majestad y cuando el orador ocupaba la tribuna, toda la arquitectura humana se sacudía al imperio de una eléctrica fuerza y dotaba al hombre de notable poder persuasivo, cuando no suspendía la atención del auditorio con el rasgo violento de la diestra nerviosa o la fiebre iracunda de los ojos ardidos.»

Tipo de hombre renacentista, Jaimes Freyre, posee una cultura multiforme. Filósofo, historiador, parlamentario, orador, maestro, diplomático, poeta, es, ante todo, un gran señor, un temperamento eminentemente aristocrático. Su inteligencia superior le guiaba admirablemente por todos los campos de estudio que emprendía, y donde tantos otros sólo exhibieron sus caprichos de dilettautes alcanzó él una gran competencia. En su conocida *Historia del Tucumán colonial* su prosa sobria y firme da un encanto especial al hecho histórico, a la narración imparcial. En *Aspectos del Brasil* sus dotes de estilista armonizan con su poder de observación; en la *Historia de la Edad Media y de los Tiempos Modernos*, logra salvar de la monotonía la ejecución de un asunto poco grato a la imaginación de los estudiantes, debido a la pesadez tradicional de los histo-

riadores que se han preocupado del arreglo de textos. En *Los Conquistadores*, Jaimes Freyre ejecuta con éxito el ya anacrónico drama histórico.

Jaimes Freyre es el único poeta modernista que se preocupa de la teoría literaria. Su libro *Leyes de la versificación castellana*, ensaya una definición del ritmo de nuestra poesía. A las elementales observaciones de los preceptistas de lengua española, desde Nebrija hasta Andrés Bello que se limitaban a definir las leyes de ritmos ya consagrados por nuestros poetas, agrega Jaimes Freyre el estudio de la música verbal, la ley del ritmo general del idioma. La enunciación de la teoría de Jaimes Freyre es ésta: los versos castellanos se forman combinando períodos prosódicos. El período prosódico consiste en una sílaba acentuada o un grupo de sílabas no mayor de siete, de las cuales la última tiene acento intenso, estén o no acentuadas las otras. Períodos prosódicos iguales son los que constan del mismo número de sílabas; análogos los que constan de un número desigual, pero sólo pares o sólo impares; diferentes los que constan de un número desigual, pares unos, impares otros. La combinación de períodos iguales o de períodos análogos es el verso. La combinación de períodos diferentes constituye la prosa. Las estrofas o estancias se forman únicamente combinando versos que consten de períodos iguales o análogos entre sí; esto es, un verso formado por períodos pares no puede combinarse con otro formado por períodos impares.

Si los partidarios de la teoría clásica y los de las cláusulas silábicas no aceptaron las teorías de Jaimes Freyre, fué debido a un convencionalismo mal entendido, por cuanto la lógica de su razonamiento es indiscutible. Hoy, en medio de la anarquía completa de nuestra poesía, su libro ha perdido valor, pero cuando la serenidad vuelva a imperar en nuestro lirismo las *Leyes de la versificación castellana* ocuparán el lugar que merecen en nuestra estimación.

Jaimes Freyre publicó su *Castalia bárbara* en 1899, cuando ya Rubén Darío había dado a luz sus *Prosas Profanas* (1896) y Leopoldo Lugones sus *Montañas del oro* (1897). Estaba ya lanzado el movimiento modernista en el lirismo ardiente del argentino y en la aristocracia del nicaragüense. Jaimes Freyre da variedad al intento estético y agranda la perspectiva de la escuela. Se abre su *Castalia bárbara*, su castalia nórdica, con el poema *Camino de los Cisnes*. Fiel a su teoría literaria, empieza la combinación de períodos análogos; el dodecasílabo y el de diez y seis dan inmediatamente cierta novedad al conjunto. Jaimes Freyre va siguiendo de cerca a Victor Hugo, acaso la

melodía de *Prosas profanas* para seguir el ritmo brusco que convenía a sus temas, un tanto extraños a la inspiración latina. Recio de contextura, su verso tiene esa grandilocuencia hughesca tan rara en otros poetas del modernismo; sus metáforas, violentas a veces, no cuadran bien con su fama de poeta delicado y simbólico:

Crespas olas adheridas a las crines  
con sus cuerpos desgarrados y sangrientos,  
que se esfuman lentamente en los crepúsculos,  
turbios ojos de la noche, circundados de misterio.

Ahora es Lok el que canta a los vientos helados, a las olas rugientes, a la pálida muerte, en un ambiente de pesadilla y de angustia:

Canta Lok en la oscura región desolada  
y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Su inspiración se enciende en visiones de sangre y muerte; ya es el bárbaro que en medio del combate lanza su alarido pavoroso y lúgubre; ya los cuervos sombríos que tienden las alas hacia el héroe agonizante, ya es la noche en que

van las nubes por el cielo. Son Endriagos y Quimeras,  
y enigmáticas Esfinges de la fiebre compañeras,  
y Unicornios espantables y Dragones, que persigue  
la compacta muchedumbre de las venenosas Hidras;  
y sus miembros desgarrados en las noches silenciosas  
ocultan con velo denso la faz de la luna lívida.

Observa Lugones en el prólogo de la primera edición de *Castalia bárbara*: «Infinitamente sensible, teme las escarpaduras demasiado vivas del presente torturado y batallador; vuelve sus ojos al pasado, mejor cuanto más irrestituible, y por esto mismo toma por incertidumbre el ilusorio miraje con que le mitigan al par la distancia y la bruma; siéntese apegado a esos muertos, a esa fe, a esos ideales déjase envenenar por el filtro peligroso de la nostalgia negligente, que infunden las fatigas acumuladas en el desatentado afán de lo perfecto, y ante la imposibilidad de justificar su propio culto, le instala de modo que sea inatacable a los tónicos reactivos de la controversia, prefiriendo ver bello en la ilusión a ver racional en la experiencia». En su poema *Los Elfos*, se prueban las palabras de Lu-

gones. El poeta ve en el tronco de una encina una flecha; llegan los elfos y juegan alrededor del árbol. En la laguna allí cercana duermen los cisnes; para oír el último canto del cisne los elfos blanden el venablo y hieren a la primera de las sagradas aves; luego escuchan el alado canto postrero. ¿Ensueño? ¿Leyenda? Acaso sólo el capricho del poeta, pero capricho útil para el crítico que puede situar su modo estético. Igual cosa podemos observar en *Las hadas*. Con sus cabelleras luminosas y rubias se acercan las hadas; bajo un árbol y a la orilla del pantano está el cuerpo de una virgen; a lo lejos, pasa la cabalgata, resoplidos de jaurías, sonidos de trompas de caza; las hadas besan la frente de la virgen en cuyos ojos muertos brilla la mirada; ahora las hadas se alejan; la virgen va con ellas:

Con sus rubias cabelleras luminosas  
se alejan las Hadas.  
A su paso los abetos de la selva,  
como ofrenda tienden las crugientes ramas.  
Con su rubia cabellera luminosa  
va la virgen blanca.

De sus recuerdos de historia y mitología nórdica saca temas de concepción bárbara para satisfacer su sed de exotismo, como en su poema *Walhalla*:

Vibra el himno rojo. Chocan los escudos y las lanzas  
con largo fragor siniestro.  
De las heridas sangrientas por la abierta boca brotan  
ríos purpúreos.  
Hay besos y risas.  
Y un cráneo lleno  
de hidromiel, en donde apagan,  
abrasados por la fiebre, su sed los guerreros muertos.

Y por fin el hijo de las culturas mediterráneas quiere interpretar el triunfo del cristianismo en esas tierras bárbaras del Norte. En la gran selva donde escuchan el Aguila negra y los cuervos de Odín, donde el alce y el bisonte rompen las ramas y se oyen extrañas salmodias, la hija de Thor ve de pronto, a la sombra de un fresno, al Dios silencioso que tiene los brazos abiertos. Thor, el guerrero, formidable, decide aplastar a ese Dios; sin embargo

Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmodias,  
ni la voz amorosa de Freya cantando a lo lejos.

Agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada,  
y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.

Solo, erguido a la sombra de un árbol  
hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

En la parte de *Castalia bárbara* intitulada *Voz de ensueño*, Jaimes Freyre acusa una fuerte influencia de Darío; de corte parnasiano, casi todos estos poemas se caracterizan por una suave sensualidad que se resuelve en tristeza. Ante la belleza de la mujer las palabras del poeta, como un crepúsculo, se suavizan:

En las nacientes colinas,  
sobre la nieve, botones de rosa se alzan,  
y hay alburas  
de cisne en tu garganta.

¿Por qué no juegan Amores y Deseos  
con los botones de rosas que sobre tu seno se alzan?  
¿Por qué los besos  
no corren sobre tu cuerpo por tus venas azuladas?

Desfallece,  
como un crepúsculo, el eco de las palabras.

En la lejana Thule, en el país de la reina fantasía, envuelta en la pálida nostalgia de las ruinas, está la mujer impasible de sus sueños; o es la Venus errante, amada por los marineros que jamás han visto su rostro. A veces, siglo dieciochero y verlainiano, invita a una vizcondesa a dialogar bajo el follaje, como hacía Rubén con las princesas de sus fantasías. Y entonces Jaimes Freyre rivaliza en elegancia con el gran nicaragüense, y nos describe jardines versallescós, de pompa señorial:

Juegan alegremente Risas y Amores  
sobre el plinto que enlaza la verde yedra;  
alza el busto soberbio bajo las flores,  
una Venus que adornan flores de piedra.



El sol de mediodía con sus reflejos  
dora la faz de Juno, severa y pura,  
y Diana, pensativa, mira a lo lejos,  
el temblor de las hojas en la espesura.

Bajo la marquesina de la glorieta  
tiende un cisne las alas de seda y nieve,  
y busca, sobre el césped, su vista inquieta,  
la huella fugitiva de un paso leve.

Rara vez en sus estrofas una alegría pagana, un ansia ilimitada de amor, una faunesca visión del mundo en primavera. Es la alegría de las *Prosas profanas*, vivida intelectualmente por Lugones, Darío y Jaimes Freyre, en sus lecturas de poetas franceses y en el ambiente elegante de la gran capital. En el fondo de todos estos poemas se puede distinguir la sonrisa de sátiro envejecido del Pauvre Lelian.

Sangre de las venas de las rosas rosas  
baña las mejillas, purpura los labios,  
en las fugitivas horas voluptuosas  
hay fuego en las venas de las rosas rosas.

Hay fuego en las venas de las rosas rosas  
y el Fauno contempla, desde la espesura,  
las primaverales luchas amorosas,  
la sangre en las Ninfas de las rosas rosas.

El poeta americano que ha bebido su inspiración en fuentes francesas y que se ha extasiado largamente en las leyendas de los viejos países no halla campo propicio a sus sueños en nuestras ciudades bulliciosas y comercializadas. Los poetas del modernismo suspiraban por países ideales en medio del achataamiento de su ambiente; Amado Nervo se fingía místicos espejismos; Darío poblaba sus poemas de faunos, ninfas, príncipes y marquesas, Julián del Casal quería viajar por mares y tierras desconocidas y vivir siempre lejos de su patria; Chocano añoraba viejas civilizaciones incaicas; Tablada tendía sus ojos hacia el Japón fino y galante. Silva se suicidó ante la perspectiva de vivir siempre en su tierra natal. Ya hemos visto cómo Jaimes Freyre canta a la brumosas tierras del norte. La Edad Media también le atrae, la edad heroica y poética:

PORTICO

Villano, trovador, fraile o guerrero,  
con hoz, breviario, bandolín o espada,  
fuera hermoso vivir en la pasada  
heroica edad de corazón de acero.

¡Fuera hermoso, en verdad! Si fraile austero  
ver a Dios con extática mirada;  
llevar por la esperanza constelada  
y la fe, el alma, si infeliz pechero.

Si trovador, en el feudal castillo  
cantar guerras y amor, al suave brillo  
de los ojos de hermosa castellana;

Combatir, si guerrero, noche y día,  
asaltar, lanza en mano, una abadía,  
o acuchillar la hueste musulmana.

Entre 1899 y 1917 escribió Jaimes Freyre los pocos poemas que tituló *Los sueños son vida*. En estos años el poeta se ha hecho más profundo y ha aprendido la gracia alada del símbolo. Le preocupa menos ahora la forma de sus poemas y por lo general no cae en las violencias métricas de antaño. De vez en cuando usa el verso libre, pero no con la frecuencia de antes. En su poema *Desde la frágil barca*, maravilloso de ritmo y de significado, nos dice el cantor cómo *Los sueños son vida*. Una voz misteriosa le inicia en esta amable sabiduría:

He estrechado en mis brazos fantasmas y mujeres;  
probé todas las copas de todos los placeres,  
y oí una voz que dijo:—¡Cuán dulcemente mueres!  
Y cuando me moría:—Puedes vivir, si quieres. . .

Toda visión, entonces, es realidad dormida,  
(Viejo ya Segismundo, con el alma abatida,  
quiere hallar en los sueños su fe desvanecida  
y amargamente sabe que los sueños son vida.)

¡Toda visión es realidad dormida! Romántica actitud ante la vida es ésta de cerrar los ojos y vivir en el mundo interior. Echar a volar el alma por los espacios sin fin de la quimera, te-



meroso de vivir porque el poeta ha aprendido en estos siglos de progreso mecánico que la vida no es un sueño. Y aunque los ojos de la Esfinge cubran de sombra su esquiife quedará siempre vivo ese rayo de sol de la ilusión porque, más realista, y más aprovechado que Don Quijote, no despertará de su locura:

Sobre un corcel jadeante va el pobre caballero,  
la vista en las estrellas y el gesto noble y fiero.

Como el autor de *Azul* podría exclamar Jaimes Freyre: Entre la catedral y las ruinas paganas, vuelas ¡oh Psiquis, oh, alma mía! porque si en *Alma helénica* los pájaros sagrados le hablan al oído de sus gloriosos avatares paganos en *Dios sea loado* siente el profundo consuelo de creer en Cristo. En *Los antepasados*, quiere descifrar el arcano de su origen ¿monje, señor feudal, juglar, conquistador? Repasa la historia desde Alfonso el Sabio hasta Colón y después busca por tierra incaica y tierra azteca. Por fin sintetiza y define al hombre nuevo de América:

Los nietos de los rudos conquistadores  
que asombraron los siglos con sus proezas,  
juntan al noble orgullo de sus mayores  
un mundo de ancestrales vagas tristezas.

Tristezas que se mezclan con sus placeres,  
que dan a sus amores ansias secretas,  
suspiran en los labios de sus mujeres,  
sollozan en los versos de sus poetas;

porque en vano la roja terrible espada,  
que hirió al azteca altivo y al inca fuerte,  
que hizo flamear su lábaro sobre Granada,  
tres civilizaciones hirió de muerte.

Fué tal vez un arcano grave y profundo,  
de confusas grandezas y sombras lleno,  
el que fundió en la raza del Nuevo Mundo  
al indio, al castellano y al sarraceno.

El corte parnasiano de su verso esconde siempre una fina emoción; el ideal triunfa de la forma coruscante y sensual. Continúa en algunos poemas la elegante decoración de las fiestas galantes en parques llenos de aves raras, flores, estatuas de Ve-

nus, Junos, Dianas, donde un poeta recita epigramas y sonríe eternamente la boca de una hermosa. Pero ya más humanizado, escribirá su intenso y dolorido poema *Al borde de la tumba de Tolstoy* y descenderá hasta el fondo del dolor universal en *Las víctimas*.

Maestro, ya tu espíritu se hundió en el mar sereno;  
en el mar infinito de luz y sombras lleno  
que en los supremos éxtasis tu genio vislumbró.

La esfinge se ha dormido bajo tu excelsa mano  
y en la noche solemne del inviolado arcano  
el temblor luminoso de tu mirada entró.

Hay algo del estoicismo de de Vigny en la poesía de Jaimes Freyre. Se adivina en la intención de sus cantos que el poeta se ha guardado lo mejor, el pensamiento más suyo, la emoción más íntima. Estamos ya muy lejos del grito apasionado de Manuel Acuña, y de la entrega total de Gutiérrez Nájera. No se podría decir de él, sin embargo, lo que dijo Rodó de Darío, que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. Como Darío cierra los ojos a la realidad cotidiana, pero sobre cada poema suyo flota liviana e indefinida una vaga tristeza. Ama la suntuosidad, lo aristocrático, lo noble, pero no se embriaga de belleza verbal, en vez del derroche de oro, de piedras preciosas, marfil, ofrece Jaimes Freyre un verso vivo, agudo, intencionado.

Poeta de un solo libro—ya que *Los sueños son vida* forman un breve manojo de poemas—Jaimes Freyre pasará por él a nuestra gloria literaria. Iniciador del versolibrismo en nuestro continente, con Becú y Darío, precursor también de nuestro actual cosmopolitismo cultural, el nombre de este poeta boliviano vivirá siempre al lado de los grandes nombres de nuestra poesía, junto a los de Rubén Darío, Julio Herrera y Reissig, Amado Nervo, Díaz Mirón y José Asunción Silva.

## II.

### FRANCISCO CONTRERAS Y VARGAS VILA

**A**CABAN de morir en Europa estos dos escritores. Alejados de sus respectivos países, aumentaron por muchos años el interés de los europeos por nuestra literatura hispanoamericana. Desterrados voluntarios, tuvieron el valor de resistir

ese destierro y de morir en esa ausencia sin volver a los brazos maternos de la patria. Menos felices que Rubén Darío, que vino a rendir su último suspiro en tierra nicaragüense, y que Nervo, cuyos restos reposan hoy en suelo mexicano, Contreras y Vargas Vila no vieron, en su última hora, rostros amados de la niñez, paisajes de la infancia.

Francisco Contreras fué un renovador dentro de la poesía chilena. Entre los poetas de principios de siglo ocupa uno de los lugares más altos porque poseía una cultura literaria más intensa y un gusto artístico superior. Siguiendo muy de cerca a Rubén Darío, Francisco Contreras se convierte pronto en el primer modernista de Chile, entendiéndose por modernismo la elegancia de la forma, el exotismo de los temas y el cosmopolitismo intelectual. En sus libros *Esmaltines*, *Raúl* y *Toisón*, hay heráldicas decoraciones, piedras preciosas, puñales de oriente, príncipes y encantamientos, música de Verlaine y satanismo baudelariano. Todo lo cual indicaba que Contreras era ya el poeta descegado, europeizante, antítesis del poeta nacionalista a la manera de Pezoa Véliz. Después parte a París y por veinte años se ocupa periódicamente de letras hispanoamericanas en el *Mercure de France*. Vuelve una vez a Chile y ante la indiferencia de sus conciudadanos publica su hermosa obra *Luna de la patria*, que comienza:

Luna de la Patria, luna  
única, lánguida, grata,  
cuya luz bendita es una  
polvareda azul de plata...

y como la Patria es tornadiza e ingrata, Contreras vuelve otra vez a Francia, a continuar su labor desinteresada y escribe en francés libros de crítica, *Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole*, novelas, *La Ville Merveilleuse* y *La Montagne Ensorcelée*, y más poemas. Y ya incorporado definitivamente a la literatura francesa, como antaño Heredia y ogaño Armand Godoy, le sorprende la muerte a los 56 años de edad.

José María Vargas Vila fué el ángel negro de la literatura hispanoamericana. Colombiano de origen, vagó por América y vivió en Europa la mayor parte de su vida. Formidable agitador de ideas revolucionarias elementales, sonoro demolidor de ídolos, enemigo eterno de toda forma de tiranía, Vargas Vila se fué demasiado tarde, cuando ya sus obuses se habían convertido en humildes arvejas y el fuego de sus cañones en luminarias de noche de navidad. Por muchos años, fué el no-

velista predilecto de los literatos noveles de nuestro continente y más de un presidente de república hispanoamericana se inspiró en sus principios políticos. Rey de la metáfora, de la repetición, de la onomatopeya, y de la barbarie gramatical, el escritor colombiano nos dejó unas cincuenta obras, de las cuales no se salvará ni siquiera una página cuando el tiempo justiciero haga su recuento. Nutrido de la filosofía pesimista de Schopenhauer, de la superhombria nietzscheana y del estudio de la psicopatología, cae en lamentables errores filosóficos y en aberraciones de manicomio. Con todo, la brillantez extraordinaria de su estilo barroco, la vitalidad estupenda de su verbo, el brío en el ataque, lo rotundo de la negación, dieron a sus libros una popularidad continental. *Flor del fango*, *Ibis*, *Alba roja*, *La conquista de Bizancio*, *Aura o las violetas*, *El archipiélago sonoro*, lucen sus lomos dorados en miles de bibliotecas y Vargas Vila es acaso el único escritor de nuestra América que haya vivido de su pluma por más de cuarenta años. Vargas Vila, el gran solitario, el gran rebelde, el gran antipatriota, llevaba a su Colombia muy cerca de su corazón, en sus últimos años, y poco antes de morir dijo, refiriéndose a ella: «Yo no viviré en ella, pero ella vivirá siempre en mí». Sus despojos descansan ahora en hospitalarias tierras de España.

¡Ojalá que Chile y Colombia se acuerden de sus hijos errantes y lleven sus cenizas al caro suelo que los vió nacer!—A R T U R O T O R R E S R Í O S E C O.

## LUIS XV Y LA DU BARRY

**S**E ha dicho que si con la Pompadour había llegado la burguesía a las gradas del trono, con la Du Barry había llegado la plebe más ínfima. Sin embargo, parece que en ello hay exageración, así como también la habría cuando se afirma que se ignoran los orígenes de la última amada de Luis XV. Según algunos historiadores, la Condesa se llamaba Juana Becú. Sería hija natural de Ana Becú y, para hacerla pasar por hija legítima de alguien, el abate Gomard habría declarado que descendía de un hermano suyo y habríala adoptado como sobrina. Contrariando tales aseveraciones, M. de Capefigue y los de su escuela afirman que ha podido establecerse que por la línea de su madre la Condesa estaba emparentada nada menos que con Juana de Arco, cuyo nombre de pila llevaba, y que su verdadero apellido era Vaubernier, el cual habría cambiado por el

de Lençon cuando entró como empleada en 1760, a una Casa de Modas de la rue Saint-Honoré: adonde el modisto Labille. ¿Por qué cambió de nombre la señorita Vaubernier?... Porque estimaba que su rango social era superior a su pasajera calidad de modistilla. ¿Falso concepto del honor? ... Puede ser. Otros afirman, que, lanzada desde entonces en un mundo de bajas aventuras, prefirió adoptar luego «nombre de guerra».

Malévolas o fidedignas tales apreciaciones, el hecho indudable es que, instalada en el foco de la elegancia de la época, Juana llamó la atención del peluquero Lamet y que ella no se hizo desear mucho. Desde ese día la señorita Lençon vistió y peinó como nadie en París: lanzó vestidos, moños y rodetes. La señora Gomard, su madre, vivía satisfecha de su hija; estaba orgullosa de ella, tanto como antes lo había estado la señora Poisson de la Pompadour, y llevábala continuamente a recorrer las oficinas de Versalles, donde la joven era popular por su elegancia y por su chic; calidades adquiridas en las Casas de Modas y en la frecuentación de cierta sociedad que, sin ser la más escogida, tampoco era la más baja de París.

Sí, porque dígase cuánto se diga acerca de sus orígenes y aun de sus correrías iniciales, de «midinete», Juana había pasado a ser dama de compañía de señoras con alguna situación. En el salón de Madame de la Verrière, por ejemplo, frecuentó al alto mundo de las finanzas y aun al de gran cuna: allí conoció al Príncipe de Soubise, a los Duques de Nivernais y de Richelieu—es decir, al Mariscal Duque de Richelieu, que tanta influencia habría de tener más tarde en el insospechado destino de la modistilla. También conoció Juana allí a la aristocracia del talento, vale nombrar a D'Alembert, a Buffon, Y, entre unos y otros, a los extranjeros vividores que visitaban a Madame de Verrières. Los hermanos Guillermo y Juan Du Barry eran de este círculo.

Respecto al matrimonio de Juana se ha dicho que tuvo por objeto encubrir sus amores con el rey. M. de Capefigue asevera que ello es falso, ya que, de acuerdo con documentos, el auge de la Condesa como favorita comenzó a los tres meses de casada. Concede Capefigue que Juana era ambiciosa y que en Versalles procuraba ponerse al paso del carruaje de Luis XV, deseosa de ser admirada, y que, advertida al fin por el monarca, las circunstancias ayudaron a que fuera ungida en real capricho. Otros creen que Juan Du Barry la ofreció a cierta dama sin prejuicios con quién se entendía el rey para su caza de gacelas y que el Muy Amado perdió todo control de los sentidos cuando Juana se desplomó en sus brazos...



Lo cierto es que, muerta la Pompadour, el rey había tenido varias amigas fugaces, pero él, dados sus años,—bordeaba la sesentena,—más que querida en el amplio sentido de la palabra, necesitaba compañera de distracciones; alguien que le hiciera sociedad y le mantuviera círculo; alguien que fuera el alma de su salón. Luis XV pensó en hasta casarse nuevamente, ya que María Leczinska, había muerto; mas, tuvo el rey miedo al ridículo y a la mano de la Archiduquesa Elisabeth, hermana mayor de María-Antonieta, prefirió refugiarse en la alcoba galante y sin grande trascendencia en un comienzo, de la Du Barry.

La Condesa fué instalada oficialmente en Versalles, pero sólo en los Pequeños Departamentos, mientras aparecía la madrina capaz de presentarla protocolarmente a la Corte; es decir, una gran dama que arrostra el furor de las hijas de Luis XV, el del Ministro Choisel, el de la Duquesa de Gramont—hermana de éste y que aspiraba a suceder a la Pompadour—y el de todas aquellas personas que veían en la Du Barry a la más audaz de las intrusas... Llamábanla mujerzuela, hija del arroyo, grisetilla precozmente desmoralizada. Algunos temían demasiado a su éxito, pues creíanla tan sabia en la ciencia del afeitado como en la del desaliño, y consentían en que su atractivo era una especie de misterio sensual que recordaba el de las frutas en sazón y el de los brebajes... Otros, los más esperanzados en su fracaso, creían que, llegada la noche del estreno, derrumbaríase Juana sobre sí misma, confiando ellos en que el gran mundo de la Corte atemorizaría con su esplendor y que no sabría dar dos pasos frente a un espejo sin desvanecerse mareada... La marejada de las intrigas galantes subía, unida la marejada de las intrigas políticas hasta que el Mariscal Duque de Richelieu hizo ver que el ascenso de la Du Barry significaría el alejamiento de Choisel, y el alejamiento de este Ministro traería consigo el retorno en Francia a las ideas que hoy llamaríamos conservadoras, en oposición a las ideas de los Enciclopedistas, consejeros silenciosos del Ministro. Debilitóse así la oposición a la Condesa y en Abril de 1770 logró ser oficialmente introducida a la Corte por la Condesa de Béarn. Exito clamoroso el de la Du Barry. Belleza, distinción, elegancia. Naturalidad hasta el aplomo. Las propias hijas de Luis XV tuvieron que reconocer «cierto aire» a la modistilla, cuya hermosura estaba realzada por diamantes de alto precio, primer obsequio del rey.

Instalada en los departamentos habitados antes por las hermanas Nesle y por la Pompadour, la Condesa comenzó a ser



frecuentada por el gran mundo francés, y por el gran mundo de paso en París. Federico de Dinamarca, rey joven que imitaba a Telémaco y que viajaba para instruirse, hizo visita a la Du Barry y se sintió seducido según escribió, «por la mujer más bella y distinguida que le había tocado en suerte conocer». ¿Qué podía significar para ella que Federico II la llamara Cotillon III...? ¿Qué podía importarle algo cuando, exilado Choiseul y reemplazado, todos se rendían a ella y buscaban su amistad, por no decir su protección?...

El rey deseó obsequiar palacios y tierras anexas a la favorita, pero ella rechazó los bienes materiales. Aceptó un solo homenaje: el Pabellón de Luciennes, templete de diosa galante y artista, alzado a su belleza. Los planos fueron de Ledouz y el interior fué decorado por Vernet, por Greuze, por Fragonard. Una maravilla, de tal modo impresionante que el Conde de Artois siguió los consejos de la Du Barry e imitó a los artistas de Luciennes, para construir su Palacio de Bagatelle, en el Bosque de Bolonia, admirable hasta hoy por la gracia de sus proporciones.

A medida de que creció su influencia, la Du Barry quiso popularizar el reinado de Luis XV. Mantenía correspondencia casi afectuosa con Voltaire y ya que no convenía a su política atraerse a los Enciclopedistas, procuró atraerse a los poetas, a los autores teatrales y a los pintores. Visitaba los «atelierz» de los grandes coloristas, como Vernet y Fragonard. y personalmente sirvió de modelo para La «Jeune Fille a la Cruche Cassée» de Greuse, que puede ser contemplada aun en el Louvre. Puso de moda a Van Dyck y a Teniers. Posó para Pajou, cuyo célebre busto de la Du Barry también está en el Louvre, y para Marilly, en cuyo medallón aprécianse mejor que en parte alguna la expresión de sus ojos, bajo pestañas y cejas impecables, la perfección de su nariz, lo delicioso de su boca...

Infantil, caprichosa, impresionable por chucherías de cualquier género, reunió la Condesa de Luciennes, toda suerte de marfiles, de lacas, de cristales, que daban a la residencia cierto aire de «bric-a-brac» y ante cuya profusión chillona es imposible situar a la Du Barry en igual rango que a la Pompadour, . . . en cuanto artistas. Era género inferior el de la Condesa tocado de rastacuerismo; propio de nueva rica. Pero sería injusto negar que fué un Mecenas admirable. Ha llegado a atribuírsele una frase que pudiera ser la de un precursor: «El artista nunca está suficientemente bien pagado». Fiel a su sentencia, daba a manos llenas, confundiendo a necesitados y a artistas; y en ella no gastaba más de lo indispensable para

mantener tren de vida a la altura de su cargo. Y no supo acaparar. La muerte de Luis XV la sorprendió endeudada... En aspecto no se cuidaba mayormente de nada, si bien su cabecita encantadora era una eterna caja de sorpresas gratas para el rey. Nunca aumentaba a Su Majestad sus preocupaciones naturales y sacudía, por el contrario, con un toque delicioso de genialidades e infantilismos, la neurosis que el monarca arrastraba consigo hasta Luciennes. Y con igual sistema dió a Luis XV esta mujer más de un consejo sabio, sobre todo en diplomacia.

El salón íntimo de la Condesa en el Pabellón de Luciennes era de los más abigarrados que es dable concebir: entre el hacinamiento de muebles y objetos de los estilos más encontrados, veíanse en torno a ella un perro faldero, un mono del Brasil, una lora coloreteada y al célebre Zamota, especie de bufón de Luis XV, y lacayo predilecto de la favorita; negrito disfrazado de Cupido, encargado de seguir a su ama por los jardines de la propiedad, portador de la sombrilla roja de Du Barry o de otros de sus típicos adminículos. ¡Zamora! repugnante personaje, especie de eunuco vengativo. Malagradecido de entraña. Cierta día, por chanza Luis XV lo nombró Gobernador de Luciennes y, a medida de que el negro fué creciendo, la insolencia del negro fué aumentando. Cuando después de haber sido alejada de la Corte,—inmediatamente de muerto el rey,—logró la Du Barry volver a Luciennes, encontró a Zamora hecho un personaje. Más tarde, a su regreso de Inglaterra, bajo el peso de la acusación de que estaba tratando con Pitt,—llamado «el enemigo de la República»—Zamora mandaba en el Pabellón y confabulaba a los sirvientes contra su ama en casa de ella. Habíase instalado en los aposentos íntimos de la Condesa y habíase adjudicado lo mejor de sus efectos personales. había fundado un Club de nuevas ideas y decíase amigo de Franklin y de Marat... Sus manos oscuras contribuyeron a empujar a la Du Barry hacia el cadalso. ¿Odio de raza?... ¿Despecho contra el amo?... ¿Mala entraña simplemente?... Todo ello y algo más: amor desenfrenado por la Condesa. Amor de perro echado en el umbral de la alcoba e imposibilitado de franquear la distancia de la puerta al lecho.

Por el contrario, el Caballero de Lavallerie, que también amaba a la Condesa sin habérselo expresado nunca, se arrojó al Sena de desesperación cuando supo que ella había terminado...

Entrambas pasiones, la una tan límpida, tan sombría la otra, la Du Barry inspiró diversos sentimientos. ¡Toda la ga-

ma! La más rendida cortesía, al Vizconde de Langle; fugacidad quemante, al Conde de Seymour, ternura otoñal y de fin trágico, al Duque de Cossé-Brissac.

El Vizconde de Langle era su vecino en Montlhery, el año 1775, o sea cuando ella ya había pasado por sufrimientos hondos: la muerte de Luis XV, su alejamiento de la Corte, la pérdida de sus influencias y hasta las persecuciones de que fué víctima conjuntamente con haber dejado de ser la favorita. Sin embargo, como sólo contaba 32 años, conservábase hermosa aun y excesivamente joven para el Vizconde, que frisaba los cincuenta. Pero cincuenta años bien cuidados, que le habían servido para el cultivo de su persona y de sus maneras. Hombre interesante, hecho a las lides del amor, cayó, a pesar de ello o por ello mismo, ante el canto de la sirena... Este señor dejó cartas inflamadas en las cuales exalta los atractivos de su vecina, a quien encuentra mil veces seductora, «especialmente por la gracia que le presta un lunar posado como mosca sobre su párpado izquierdo, y que da infinita malicia a su rostro». Ella se dejó cortejar, si bien entró en amores efectivos con otro de sus vecinos, con el Conde Seymour, Embajador de Gran Bretaña. Caballero cincuentón como de Langle, de pasado galante y de presente fastuoso, enamórose locamente de él la Du Barry: vez única en que ella supo exactamente en qué consisten los sufrimientos de amor! El se fatigó antes que ella del romance y ella lloró, rogó, se humilló, si bien recobró su dignidad todo lo justo para darse el placer muy femenino de escribir la última carta: la de ruptura!... La Condesa entristeció, abandonó la vida de caza, de juego, de luminarias nocturnas en los parques,—existencia habitual en Montlhéry,—y regresó de nuevo a Luciennes, resuelta a ahogar sus sentimientos...

Y trata de ahogarlos en el mismo género de placeres de que venía disgustada, hasta que el Duque de Cossé-Brissac, que la amaba a lo largo de quince años, comenzó a estrechar el cerco y a cerrar la puerta a los importunos. Hermosa aun, ella vivía exclusivamente de la sombra del pasado, relacionándolo todo con el rey muerto y con el poderío de ella, muerto también. Sin embargo, Cossé-Brissac pasó a habitar con la Du Barry casi sin guardar las apariencias. Ella lo aceptó, más que como un amor, como un refugio para su ternura; sentíase débil, cansada, ansiosa de un apoyo más que de un amante... La Revolución había estallado y ella continuaba fiel a la reyecía. Tan fiel, que logró la intervención de Cossé-Brissac en la desgraciada fuga de los reyes. Aprehendido y condenado, luchó él abiertamente con la turba embravecida, tuvo tiempo de enviar por

carta la expresión de su afecto a la Du Barry, a la vez que ella, al alargar las manos para coger el sobre, fué asaltada por la multitud y sintió que a sus pies rodaba una cabeza lanzada a través de los cristales a los gritos furiosos de ¡«Ahí lo tienes!» ¡Ahí está! ¡Es la cabeza de tu amante!» Mujer infeliz, no tuvo el consuelo de Salomé: no pudo unir sus labios a los del muerto porque la masa le había jugado una doble mala partida! la cabeza no era la de Cossé-Brissac, si bien los revolucionarios lo habían decapitado...

La intervención de Cossé-Brissac no fué la única adhesión de la Du Barry a la causa de los caídos. En el proceso del collar, declaró a favor de la reina, y, por lo tanto, contra su amigo el Príncipe de Rohan. En seguida proclamó de voz en cuello que era realista y convirtió el Pabellón de Luciennes en hospital de sangre para los monárquicos. Olvidó la enemistad de María-Antonieta para con ella y los innúmeros desprecios con que la había humillado la Delfina. La reina también olvidó y agradeció por escrito a la Du Barry sus pruebas de devoción a la familia real. A su vez, la Du Barry contestó con esta carta, digna también de reina: «Luciennes, señora, pertenece a Vuestra Majestad. Cuánto tengo que proceder de la corona. Soy demasiado agradecida para olvidarlo. Ofrezco a Vuestra Majestad encarecidamente mis bienes. Vuestra Majestad tiene muchos gastos, mil obligaciones. Permita Vuestra Majestad que restituya al César lo que es del César».

El dolor aproximó a ambas mujeres. Antes, habían sido francas enemigas. María-Antonieta humillaba a la favorita, llegando a no dirigirle la palabra. Entre ellas, todo era motivo de rivalidad en los buenos días: si María-Antonieta ayudaba en el teatro a la Dumenil, la Du Barry empujaba a la Clarion; como María-Antonieta hiciera venir a Glück, desde Viena, la Du Barry hizo venir a Piccini desde Italia.... Sin embargo, muerto Luis XV, la Du Barry comportóse de un sometimiento respetuoso. María-Antonieta se encarnizó con ella y hasta con los suyos, pues hubo miembros de la familia du Barry que, para evitar las consecuencias de la persecución, tuvieron que cambiar de nombre, pero la reina hubo de aceptar, de acuerdo con Luis XVI, que tanto rigor era inmerecido.

En efecto, aún no expiraba el Muy Amado cuando la Du-Barry fué invitada a trasladarse al Castillo de Ruel; e inmediatamente después de muerto el real protector fué obligada a refugiarse en la Abadía de Pont-Aux-Dames. Las monjas la recibieron con curiosidad y hasta con agrado y ella las encantó con su alegría sana. Sacó de su encierro el mayor partido posi-

ble, dadas las circunstancias, ya que logró ser visitada allí por su familia, y por sus íntimos, a la vez que obtuvo instalarse dentro del confort refinado a que estaba habituada. Hizo venir a Ledoux, el arquitecto de Luciennes, para que decorara a su gusto el pabellón que le habían asignado en Pont-Aux-Dames, y prestó a la austeridad medioeval de la Abadía una nota fresca, remozadora, propia de su genio alegre, sin llegar, por cierto, a la licencia de que han querido culparla sus enemigos... Lejos de eso, debió de conducirse tan bien entre las monjitas, que la vieron partir emocionadas, bendiciéndola, ansiando arrancarla de la vida mundana y hacer de ella una segunda Lavallière. Todo fué inútil. Partió a Luciennes y a Saint-Vrain, persiguiendo el destino trágico que habría de precipitarla, con rapidez vertiginosa, de los brazos del amor a los de la muerte. Sus últimos años fueron dignos en verdad, de una heroína cinematográfica, hasta en el detalle que parece mentira de que en la Conserjería hayan ocupado sucesivamente la mismacelda María-Antonieta y la Condesa Du Barry.

Se han publicado «Memorias» de esta favorita, pero ha podido establecerse que son apócrifas, mandadas editar por su enemigo irreconciliable, el Ministro Choisel. Y se ha dicho que no supo morir, porque pidió clemencia al verdugo. ¿Qué tiene ello de extraño...? ¿Por qué exigirle actitudes de Santa, si Santa no fué nunca? ¿Por qué la quieren enamorada de la muerte, si aun estaba enamorada de la vida? ¿Y cómo no experimentar, por fin, como ella, un terror escalofriante al sentir hincarse sobre su piel de raso el cuchillo ya mellado en fuerza de rasgar gargantas rebeldes?

Murió la Du Barry a los cuarenta años. Relativamente próxima a nosotros en cuanto al tiempo en que le tocó actuar, ha sido vista en todos sus defectos y se la ha estigmatizado sin misericordia. A pesar de ello, ha solido encontrar comentaristas comprensivos. Y uno tan curioso como respetable, por ser alto espíritu español, saturado de alta moralidad cristiana: doña Emilia Pardo-Bazán, quien se emocionó ante lo que ella llamaba nada más que «un episodio de la vida de Du Barry», refiriéndose a aquella cabeza desgajada del tronco y arrojada por la turba a través de la ventana de Luciennes... La ilustre escritora española expresó su emoción, sin pensar en quién había sido la Du Barry, sino en lo que en ese momento era: la hembra enamorada que había hallado al fin y para perderlo en seguida, al hombre soñado al cual enroscarse como la hiedra...—EUGENIO LABARCA.